HÉCTOR, DOMADOR DE CABALLOS.

Beatriz Malo

Capítulo 1

HÉCTOR, DOMADOR DE CABALLOS.

Beatriz Malo.

Apenas recordaba su propio nombre. Solamente reconocía el brillo del palacio de Perséfone, allá, en la orilla de la Laguna. “¿Cuántos años habían pasado?”. Era la pregunta que todos acababan haciéndose alguna vez, para seguir vagando en un infinito que había perdido todo su sentido. “Allá, en el otro lado de la Laguna, recordarán mi nombre”. Y entonces sonreía. La reina del Hades se había puesto en pie al verle llegar en la barca. “Este es el héroe”, había dicho. Hace muchos años.

Algún rostro de aquel tiempo le recordaba quién fue. El hijo de Príamo. Príncipe de Ilión. “Domador de caballos”, suspiraba. Siempre intentó pronunciarlo en voz alta, pero un gemido se ahogaba en las sombras húmedas. También en las miradas de sus compañeros.

Supo de la caída de Ilión. “¿Cómo?”, lamentó tantas veces. Lo había escuchado de los labios de Odiseo. El único hombre que había cruzado dos veces la Laguna. Decían que Atenea caminaba a su lado, que le había guiado de vuelta a casa. Él la había visto protegiéndole con su escudo en la batalla.

Había buscado a Odiseo. Había esperado encontrar en uno de sus rivales algo de esperanza. “Ese hombre astuto ha descendido y volverá a reunirse con los hombres”. Lo había escuchado en el eco de las voces de los que aún la poseían.

Quería preguntarle por su mujer, por su hijo. Por el recuerdo de los caídos en la guerra. Por él mismo, y por el hombre que le quitó la vida. Aquiles. Le había visto sólo una vez allá abajo. Le había mirado con esos ojos fieros, negros. Esa mirada que encontró el último día que sintió el calor el sol.

Lo vio allá, a las puertas del palacio de Perséfone, junto a la Laguna. Hablando con Odiseo. Allá abajo, al principio, se consolaba en el recuerdo de su nombre. Creyó ver en él una leve reverencia al advertir su sombra. No necesitó escuchar la voz de los vivos. Se volvió abandonándose a la corriente. Siguiendo el destino de todos los espectros que pasaban de

largo junto a él.

A su mujer también la había visto, de lejos, un instante. Después se había perdido en la corriente que empujaba a todos a las profundidades. Cada vez más abajo, más oscuro. Lloró. Ella no debía encontrarse allí. Ni su padre, ni su hijo. Había visto en su padre el reflejo de la traición y el olor a sangre. Le había reconocido en un rostro que dudaba de que fuera el suyo. Él le había llamado hijo y le mostró al niño que llevaba en brazos. Fue la última vez que pudo sentir la luz del sol al recordarla, el calor de ese amanecer antes de la batalla.

Fue la primera vez que dudó de haber hecho bien en vida. Por haber elegido siempre el camino correcto, de defender a su tierra, el honor de su familia. De Paris. El error de su hermano había desembocado en la guerra que había enviado a tantos al Hades. Entonces creía que ese destino era glorioso. Allá abajo lamentó haber confiado en la decisión de unos dioses ingratos. Había escuchado en la corriente que incluso los cimientos de Ilión habían sido destruidos, que habían ardido hasta consumirse y mezclarse con las arenas y el agua de los ríos.

Desde entonces, se preguntó muchas veces para qué tantos años de lucha. Por qué no se habían sacrificado otros. Por qué siempre tuvo que ser él. Su madre nunca confió en Helena. A veces sus manos temblaban cuando su madre le sostenía las suyas y le suplicaba que la devolviera a Menelao. Casandra la había acompañado muchas noches. Siempre le sostenía la mirada. Siempre hablaba de lo que estaba por venir.

Durante la guerra trató mucho con Helena. Ella le buscaba, le pedía consejo. También a su padre. Era consciente de que necesitaba su apoyo. Su padre le dijo una vez que la consideraba una más de sus hijas, cuando él le había preguntado por la posibilidad de la que le hablaba su madre. Fue después de muchos años de lucha, tras una de las batallas a los pies de las murallas. Él sonrió. El problema ya no era Helena. Ambos lo sabían. Allá abajo, cuando lo olvidaba, era a la única que odiaba.

Esa noche, como muchas otras, acabó diciéndole simplemente que él era su hijo mayor. Recordaba de ese momento el olor de las vendas con las que se estaba limpiando. Y el silencio que sobrevino después. Esperó muchas veces, cuando aún contaba los años, encontrar a Paris, allá ,en el Hades. Llegó a desear que aquel día Menelao hubiera acabado la guerra con un golpe de su espada. Nunca vio a ninguno de los dos.

Había dudado de lo que escuchó sobre ellos, de lo que ocurrió tras la guerra. Oyó que Paris había ocupado su lugar en el trono, que Ilión se había convertido en una sombra de lo que fue. Y que Helena había vuelto a casa. Con Menelao. Dijeron que él la había perdonado y que habían sido felices. Él había maldecido a los dioses desde entonces, cuando podía recordar las razones. Cuando a veces se volvía para buscar el camino que

le había conducido allí.

Pero cada vez quedaba más lejos la orilla de la Laguna. El brillo del palacio de Perséfone era cada vez más tenue. Nadie había querido escuchar la profecía, tantas veces anunciada por Casandra. Pocas veces ya, se consolaba pensando que los hombres, allá arriba, recordarían sus gestas y su nombre. En vida, esa fama había sido el anhelo que iba a compensar la muerte. En el reino del Hades nada le proporcionaba suficiente consuelo.

Lo único que ya podía sentir era el roce de unas manos sobre sus hombros, el tacto de Apolo. Aún emanaba de él un ápice de la inmortalidad del dios que había protegido su cuerpo, en los días que tardó su padre en ir a buscarle a la nave de Aquiles. Doce días Apolo estuvo a su lado, hasta que los labios de Príamo calmaron la cólera del hijo de Peleo. Hasta los funerales. Sus compañeros habían sabido quién era él. Sombras que no lo habían conocido, también. "¿Por ese favor del dios, quizá?". Él no se veía diferente al pastor que una vez intentó sostenerle la mano. "Héctor, domador de caballos". Fue en vano. Como con tantos otros, el espectro de ambos se fundió en la bruma.

Había intentado encontrar una manera de volver sobre sus pasos. Había deseado tantas veces regresar para ver crecer a su hijo, cuando olvidaba que él también se encontraba allá abajo. "Era tan solo un niño", suspiraba, al recordarlo en los brazos de su padre, como una sombra de lo que jamás volvería a ser. Hacía mucho de aquello. "¿Quién recordará mi nombre?". Fue la última vez que dudó, cuando él mismo dejó de recordar quién había sido. Desde entonces continuó vagando entre las imágenes de los que una vez habían existido. Dejó de saber lo que significaba ese anhelo que recordaba como vida. Esa melancolía inútil. No volvió a ver esa luz a la orilla de la Laguna. Quedaba ya muy lejos.